

NOTAS

Lectura no blanca de “Idilio muerto” de César Vallejo

Non-White Reading of César Vallejo’s “Idilio muerto”

JORGE GUZMÁN

Escritor y ex académico Universidad de Chile.
Correo electrónico: jorgeguzmanch@yahoo.com

Quiero ocuparme de un poema de *Los heraldos negros* que, hasta donde sé, sólo ha producido problemas biográficos a la crítica. Más de un comentarista ha hecho proposiciones sobre la identidad real de la “dulce Rita” que evoca enamoradamente el hablante de “Idilio muerto”:

Qué estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita
de junco y capulí;
ahora que me asfixia Bizancio, y que dormita
la sangre, como flojo coñac, dentro de mí.

Dónde estarán sus manos que en actitud contrita
planchaban en las tardes blancuras por venir;
ahora, en esta lluvia que me quita
las ganas de vivir.

Qué será de su falda de franela; de sus
afanes; de su andar;
de su sabor a cañas de Mayo del lugar.

Ha de estarse a la puerta mirando algún celaje,
y al fin dirá temblando: “Qué frío hay... Jesús!”.
Y llorará en las tejas un pájaro salvaje.

En apariencia, hay muy poco que develar en estos catorce versos. Leído en el código modernista que parece pedir ese “Bizancio” y ese “flojo coñac”, no entrega más que un mensaje trivial, unas imágenes hilvanadas por el temple evocador de un enamorado que

emigró del lugar donde tenía sus costumbres y sus amores y donde ha quedado Rita.¹ Pero si atendemos a que esta edición estuvo al cuidado personal de Vallejo y que él mismo se ocupó de sus detalles, no puede dejar de extrañar su decisión de incluir precisamente este poema en la sección “Nostalgias imperiales”. El Imperio aludido en este título, por cierto, es el de los Incas. Y el lector encuentra perfectamente natural hallar en el conjunto todos los otros poemas que lo forman, menos éste. ¿Qué hace aquí este poema de amor nostálgico?

Saliéndonos por unos momentos del método de lectura textual que preferimos, digamos que un halo de misterio rodea al poema desde la observación de Espejo Asturrizaga (1965) que cuenta que cuando él mismo y Vallejo, al final de unas largas vacaciones, se alejaron de Santiago de Chuco en 1920, Vallejo iba llorando sobre el caballo “Acaso por esa Rita misteriosa, cuya personalidad no me es posible revelar” (Espejo Asturrizaga 1965: 90). En otro lugar del mismo libro incluye nuestro poema entre los quince que Vallejo habría escrito en 1918 (176), lo que indica que el afecto por “Rita” no era reciente. Por su parte, Larrea (1974) no vacila en identificar a la Rita planchadora con Otilia, hija de su hermano mayor, Víctor, y, por tanto, sobrina carnal de Vallejo, a quien Espejo cuenta que visitaron juntos durante las vacaciones aquellas en Julgas, pueblito cercano a Santiago de Chuco, donde ella, “una de las muchachas más hermosas de Santiago”, “trabajaba de preceptora” (89). Larrea no es claro en sus primeras identificaciones de esta Rita, que aparece confusamente en relación con los nombres Mirtho y Tilia (se habría escogido “Rita” por razones métricas”), pero luego, en su edición crítica, la identifica abiertamente con la Otilia preceptora y bella, atribuyendo la elección del nombre a que Santa Rita es “abogada de imposibles” y su amor por la sobrina era imposible por incestuoso.

Todo ello puede ser de cualquier manera. Lo que sí parece claro es que el tío se sintió de alguna manera atraído por la sobrina bella, que debe haber tenido aproximadamente su misma edad, porque Vallejo era el menor de una numerosa familia y Víctor, el padre de Otilia, era el mayor de todos. Como fuera, eran parientes de los que la Iglesia Católica no casaba sino por dispensa especial.

Otra observación aumenta lo enigmático de nuestro texto e introduce un nuevo problema. La observación es que el nombre “Idilio muerto” está tomado del último verso del poema que lo antecede inmediatamente en el libro. Este poema antecesor es el famoso “Aldeana”:

Lejana vibración de esquilas mustias
 en el aire derrama
 la fragancia rural de sus angustias.
 En el patio silente
 5. sangra su despedida el sol poniente.
 El ámbar otoñal del panorama
 toma un frío matiz de gris doliente!

¹ En *Contra el secreto profesional* (1991: 156158) propuse una lectura de este mismo texto en que destacaba el componente de poder legible en “planchaba por las tardes blancuras por venir”.

- Al portón de la casa
que el tiempo con sus garras torna ojosa,
10. asoma silenciosa
y al establo cercano luego pasa,
la silueta calmosa
de un buey color de oro,
que añora con sus bíblicas pupilas,
15. oyendo la oración de las esquilas,
su edad viril de toro!

- Al muro de la huerta,
aleteando la pena de su canto,
salta un gallo gentil, y, en triste alerta,
20. cual dos gotas de llanto,
tiemblan sus ojos en la tarde muerta!

- Lánguido se desgarrar
en la vetusta aldea
el dulce yaraví de una guitarra,
25. en cuya eternidad de hondo quebranto
la triste voz de un indio dondonea,
como un viejo esquilón de camposanto.

- De codos yo en el muro,
cuando triunfa en el alma el tinte oscuro
30. y el viento reza en los ramajes yertos
llantos de quenas, tímidos, inciertos,
suspiro una congoja,
al ver que en la penumbra gualda y roja
llora un trágico azul de idilios muertos!

¿Por qué puede haberle parecido al autor que el poema evocativo de “Rita” había de llamarse con un nombre formado por las últimas palabras del otro? ¿Qué hay en éste relativo al nuestro? Digamos desde ahora mismo que la solución no puede ser sino interpretativa. Pero ciertamente que el título del nuestro es una instrucción de lectura que dice: uno de los “idilios muertos” es el de “Rita”. En otras palabras, para leer el segundo, hay que leer previamente el que sirvió para nombrarlo. El caso de “Rita”, sea cual sea, es una ocurrencia especial del conjunto de los “idilios muertos”.

¿Qué dice “Aldeana”? Creemos que los temas que señala Ricardo González Vigil en su excelente edición crítica de la obra poética de Vallejo (1991) son la guía de lectura adecuada al texto. Pone, primero el crepúsculo como relativo a la deidad solar de los incas y

a la ruina de una “raza”. Luego, vincula las puertas “ojosas” con la casa paterna y la vida en el Ande, y ambas con la nostalgia de una cultura autóctona. Lee el buey, animal castrado, que añora “su edad viril de toro” como relativo a la condición avasallada y humillada del indio. El gallo, que nos parece la mejor de sus sugerencias intertextuales, lo ve relativo a los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso y a su noticia de que los indios llamaban *gualpa* a estos animales, porque pensaban que al cantar “lloraban la muerte de Atahualpa”. El yaraví es tema relativo a la propia poesía de Vallejo, que la siente como una incrustación indígena “en el verso romántico y modernista”. Ve también González Vigil la textualización del poeta en el poema. Y, finalmente, advierte que el llanto por los idilios muertos alcanza a “Mayo” y a nuestro “Idilio Muerto”. En su sobriedad, esta me parece una de las mejores lecturas de un poema de Vallejo que yo conozca. Y si lo es, ello se debe a que toma en cuenta los códigos peruanos y los usa para leer un texto peruano.

Quisiera, sin embargo, agregar algunas consideraciones encaminadas a facilitar la comprensión de “Idilio muerto”. En primer lugar, creo que puede agregarse un componente que aparece tres veces expreso en “Aldeana”. Son las campanas. Son “esquilas mustias” (v.1), “la oración de las esquilas” (v.15), “un viejo esquilon de camposanto” (v. 27). Estas campanas suenan, como es natural en un paisaje crepuscular y, de alguna manera, no bucólico, sino ganadero. Son animales domésticos los que se mueven por el poema. Estos animales, además del buey y el gallo, aparecen presupuestos por las “esquilas”, que son campanitas que se les atan al pescuezo a los ganados. Pero también “esquila” es “Campana pequeña para convocar a los actos de comunidad en los conventos y otras casas”, según el Diccionario de la RAE. De manera que andan aquí revueltos los ganados con la grey religiosa. Y la hora escogida, el crepúsculo, no es solamente la caída del sol por relación al ocaso del sol imperial de los Incas. Sin duda que es eso. Pero al mismo tiempo es otra cosa: es el momento del día que a principios de siglo se llamaba la oración, uno de los momentos del día en que entraba en vigencia la religiosidad cristiana durante el siglo XIX y también a principios del XX. Ambas cosas, ganado y religión aparecen formando parte del texto.

Pero la religión no se halla sólo en las campanas. Las pupilas del toro son “bíblicas”, y con ellas añora “su edad viril de toro”. Y la añora “oyendo la oración de las esquilas”. Hay, entonces, el pasado de plena potencia viril, y un presente castrado. Y es precisamente el ruido de las campanas de la domesticidad y la religiosidad lo que hace que, con sus pupilas, ahora “bíblicas”, añore el buey su estado anterior, su estado no bíblico. Digamos, un estado anterior al bíblico y contemporáneo de la “edad viril de toro”.

Hay en el poema dos ámbitos, dos estados. El que se añora y el actual. Sin embargo, no están herméticamente separados. Al contrario. El pasado orgulloso pervive en el presente humillado. Pervive como añoranza, como tristeza, como llanto, cierto. Pero pervive. Hasta algunos componentes de la actualidad pertenecen mayormente al pasado que se prolonga en ellos. Por ejemplo, el “gallo” no es bíblico, es “gentil”, lo cual significa (si el código del norte chileno actual es el mismo código serrano) “perteneciente a la época inca”. Los cementerios prehispánicos de Tarapacá y Antofagasta son llamados por los lugareños “gentilales”. También el yaraví es de los dos estados. Y “la triste voz de un indio” que “dondonea”

(onomatopeya del sonido de la campana) es de ahora y también de antes. Y hasta hay una esperanza en estos conservadores de lo añorado. El gallo, además de ser “gentil”, está “en... alerta”, triste, pero presto.

Con todo, prevalece la melancolía, el gris, la castración, el avasallamiento. Sigamos traduciendo a nuestro vocabulario estrecho. Están vigentes en el mundo de las esquilas los valores derivados de la implantación del texto cristiano en las comunidades donde un día estuvo plenamente vigente el texto del sol y del oro sagrado. De esa vigencia queda la interminable añoranza y una esperanza triste.

Una de las cosas del mundo Inca que fueron reprimidas, en el texto siguiente, en “Idilio muerto” es un componente muy destacado en lo que aún conservamos del texto social Inca: los códigos eróticos y matrimoniales de los Incas han sido sustituidos por el texto cristiano, por el de las campanas, los libros (Biblia), las represiones y regulaciones que antes no rigieron. Una de ellas es la prohibición del matrimonio entre hermanos, que un día fue obligación de los reyes del Imperio.

Creemos que en la vigencia de estos códigos encontrados hay que leer “Idilio muerto”. Quién sabe cuál de los mandatos nuevos mató el idilio de “Rita” y su enamorado distante. Pero ciertamente que contradice el código que rigió en los tiempos en que el buey de ahora gozaba plenamente la “edad viril de toro” que hoy, al sonar las campanas de la oración, añora con sus “bíblicas pupilas”.

Hay, pues, si vale lo anterior, más de lo que parece en “Idilio muerto”. El poema está preñado con tensiones y presencias culturales que lo enriquecen e introducen en su lectura la profundidad de nuestra historia culturalmente mestiza. También en el “yo” que añora a “Rita”, hay un pasado implícito que aparece en comparación con el “ahora” en que “Bizancio” se ha apoderado de su respiración, y su sangre “dormita” como un “coñac” degradado. Ella, en cambio, es “andina y dulce”. Pero tampoco ellos tienen sol. Llueve sobre el enamorado que ha perdido el vigor y ella vive en el frío. También aquí se mueven entidades de los dos ámbitos. A pesar de ser “andina”, ella invoca a Jesús cuando siente el frío de la falta de sol.

OBRAS CITADAS

- Guzmán, Jorge. 1991. *Contra el secreto profesional*. Santiago: Ed. Universitaria.
- Espejo Asturrizaga, Juan. 1965. *César Vallejo, itinerario del hombre*. Lima: Librería Editorial Juan Mejía Baca.
- Larrea, Juan, ed. *Aula Vallejo 57*.
- Vallejo, César. 1991. *Obras completas*. Edición crítica de Ricardo González Vigil. Lima: Banco de Crédito del Perú.

